

02/2018

10 de enero de 2018

José Pardo de Santayana Gómez de Olea

Xi Jinping y Putin, dos liderazgos que retan el orden occidental

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

Xi Jinping y Putin, dos liderazgos que retan el orden occidental

Resumen:

Pekín y Moscú están consolidando una alianza antioccidental que reta el sistema de valores sobre el que se ha construido el orden internacional que ha estado vigente desde el final de la guerra fría. Estamos viviendo un momento en que los liderazgos estratégicos de ambas potencias se están viendo reforzados. En China el liderazgo descansa en un Partido Comunista que en cuatro décadas ha sacado al país de la miseria y lo ha situado en condiciones de poder convertirse en la primera potencia mundial. En Rusia el liderazgo de Putin ha demostrado una capacidad asombrosa para recoger un país arruinado y desmoralizado y posicionarlo de nuevo como potencia mundial, no temblándole el pulso en su enfrentamiento con Occidente a partir de la crisis de Ucrania de 2014.

Abstract:

Beijing and Moscow are consolidating an anti-Western alliance that challenges the value system upon which the international order that has been in place since the end of the cold war has been built. We are living a time period in which the strategic leadership of both powers are being reinforced. In China, the leadership rests in a Communist Party that in four decades has taken the country out of poverty and placed it in a position to become the world's leading power. In Russia, Putin's leadership has shown an amazing capacity to pick up a ruined and demoralized country and place it again as a world power, not trembling in its confrontation with the West since the Ukraine crisis of 2014.

Palabras clave:

China, Rusia, Occidente, Putin, Xi Jinping, valores, liderazgo, orden mundial.

Keywords:

China, Russia, the West, Putin, Xi Jinping, values, leadership, world order.

Introducción

El año 2018 empieza a caballo entre dos acontecimientos de gran trascendencia para el reordenamiento de la geopolítica global: por una parte, el XIX Congreso del Partido Comunista Chino (PCCh) celebrado el mes octubre pasado y, por otra, las elecciones presidenciales rusas que se llevarán a cabo en el próximo mes de marzo y en donde la victoria del actual mandatario ruso se prevé bastante segura. Estos acontecimientos tienen en común el reforzamiento de dos líderes que han rechazado explícitamente el orden liberal, el sistema de valores sobre el que se ha construido el agonizante orden internacional que hemos conocido en las últimas décadas.

Hace no muchos años, los legisladores estadounidenses hablaban sobre la necesidad de que China fuera un "actor responsable" en lo que se consideraba como un mundo global predominantemente de corte occidental. Hoy, en lugar de que China o Rusia se ajusten al modelo occidental, más bien parece que Occidente puede necesitar adaptarse a un mundo cada vez más articulado por referencias no occidentales¹.

Por su parte, la comunidad de naciones occidentales ha perdido pujanza y capacidad de seducción, Europa está bajo las presiones internas del Brexit en un momento en que en Washington se cuestiona la posición internacionalista tradicional de los Estados Unidos y los populismos arremeten contra las mismas esencias que han distinguido para bien a las sociedades occidentales. Tanto desde Pekín como desde Moscú se perciben signos de debilidad y desconcierto donde antes se distinguía poder, prosperidad y confianza.

No obstante, los valores occidentales, su estilo de vida y el sistema político democrático siguen teniendo un gran atractivo y capacidad de penetración. Aunque desde perspectivas muy distintas, ambos liderazgos, el chino y el ruso, están fundamentados en un cierto temor al contagio del "virus occidental", lo que les confiere un carácter netamente defensivo.

La recientemente publicada Estrategia de Seguridad Nacional de los EEUU afirma de forma inequívoca que "China y Rusia desafían el poder, la influencia y los intereses estadounidenses, y tratan de erosionar la seguridad y la prosperidad de Estados Unidos". En el mismo documento se describe a China y Rusia como poderes revisionistas que quieren configurar un mundo antitético a los valores e intereses de los EEUU y se afirma

¹ BURROWS, Mathew J., "Western Options in a Multipolar World", Atlantic Council Brent Scowcroft Center on International Security, Issue Brief, noviembre de 2017.

que “China busca desplazar a los Estados Unidos en la región Indo-pacífico, expandir el alcance de su modelo económico dirigido por el Estado y reordenar la región a su favor. Rusia busca restaurar su estatus de gran potencia y establecer esferas de influencia cerca de sus fronteras”. No obstante, deja una puerta abierta y reconoce que “Estados Unidos está dispuesto a cooperar en áreas de interés mutuo con ambos países”².

Henry Kissinger defiende en *Orden Mundial* que está en el interés de los EEUU mantener una relación tanto con China como con Rusia que, aun difícil, sea cada una de ellas mejor que la que Pekín y Moscú mantengan entre sí, fomentando con habilidad las diferencias entre ambas capitales. Ello impediría que se formara un bloque chino-ruso antinorteamericano. Dicha relación triangular crearía equilibrios naturales y haría mucho más cómoda y segura la posición de los países occidentales³. Este documento analiza la naturaleza de los actuales liderazgos políticos en Pekín y Moscú y defiende lo acertado en este momento del juicio de Kissinger.

Los liderazgos políticos en China y Rusia

Rusia y China tienen en común una historia donde el poder de sus emperadores tenía un carácter prominente y semisagrado que articulaba y daba sentido a la vida de sus súbditos. Sus dominios se fueron expandiendo por territorios amplios y lejanos sometidos, entre otras, a la amenaza de las hordas nómadas de las estepas que habitaban precisamente en los territorios interpuestos entre ambos imperios. La ferocidad de la lucha contra aquellos pueblos ha dejado un cierto temple de bravura y barbarie en dichas naciones.

No obstante, se trata de dos civilizaciones con un alto grado de refinamiento, muy distintas entre sí y en gran medida antagónicas. Las relaciones entre Moscú y Pekín tienen una historia larga y compleja caracterizada por su amplia frontera común, la complementariedad de sus economías, las ambiciones geoestratégicas de ambas potencias y la desconfianza mutua. Especial relevancia tiene la preocupación rusa por la presión demográfica del gigante asiático en el Oriente lejano ruso y la cada vez mayor

² National Security Strategy of the United States of America, diciembre de 2017.

³ KISSINGER, Henry, *World Order*, Paperback, 1 de septiembre de 2015.

Los intereses económicos, energéticos y armamentísticos comunes y el rechazo de ambas potencias a las imposiciones y valores de Occidente es el cemento que mantiene unida esta alianza contra natura. Esta se vio reforzada por parte rusa tras la crisis causada entre Moscú y las capitales europeas por la intervención militar del primero en Georgia en 2008. Posteriormente, se vio consolidada como consecuencia de las desavenencias que siguieron a la anexión rusa de Crimea y a la guerra de Ucrania en 2014 y de la consiguiente escalada de sanciones económicas y de medidas militares.

Los liderazgos políticos ruso y chino se han distinguido tradicionalmente por tener el carácter muy personalista en el caso ruso y mucho más institucional en el caso chino. Si en Rusia los altibajos de su historia han estado modulados por la personalidad fuerte o débil de sus zares, en China fueron sus dinastías con sus potentes administraciones (lo que por analogía incluye al PCCh) o alternativamente la fragmentación del país, lo que ha marcado los momentos de apogeo y decadencia. En la actualidad, Putin en Moscú y el PCCh en Pekín encuentran un perfecto paralelismo con los momentos de “grandeza” de la historia de ambos países.

La civilización china tiene una personalidad muy diferenciada, se considera a sí misma no inferior a ninguna otra, no aspira a que el resto del mundo se rijan por sus categorías y le repugna someterse a la de Occidente. En el caso ruso se trata de una variante de la occidental con la que mantiene una relación ambigua y en cuyo entorno se siente razonablemente cómoda siempre que no se sienta excluida o relegada a un rango inferior.

El caso chino

Una de las noticias que más se ha destacado del XIX Congreso del PCCh es el hecho de que el “pensamiento de Xi Jinping” se ha incorporado a los estatutos del PCCh, lo cual se dice le ha puesto a la altura de Mao Zedong e incluso por delante de Deng Xiaoping. Hasta ahora, únicamente los dos grandes líderes de la República Popular de China, Mao Zedong y Deng Xiaoping habían recibido el honor de que su nombre figurara en el documento. Pero solo Mao lo disfrutó en vida, y solo Mao vio reconocida su filosofía como 'pensamiento'; las ideas de Deng únicamente fueron incorporadas como “teoría”⁵.

⁵ VIDAL LIY, Macarena, “China proclama la era de Xi Jinping y lo equipara con Mao”, El País, 25 de octubre de 2017.

Los dos inmediatos antecesores de Xi Jinping en la cúspide del régimen, Jiang Zemin y Hu Jintao, también tienen teorías incluidas en los estatutos del Partido, aunque no son conocidas como “pensamiento Jiang” o “teoría Hu” y se aprobaron cuando éstos ya se retiraban del poder, una muestra de la mayor influencia política que Xi ha acumulado⁶.

Quizás esto deba interpretarse no tanto como que Xi se haya convertido de hecho en un líder tan poderoso como Mao, como que se le ha distinguido para que llegue a desempeñar un papel determinante para el periodo histórico que China ha iniciado más parecido al que en su momento jugó Deng Xiaoping que al de Mao.

En China, la historia reciente se divide en tres periodos: el de la humillación, el del desarrollo y el de la dignidad. Desde dicha interpretación, Mao, al reunificar China y liberarla de toda tutela extranjera, fue quien sacó a su país del periodo de humillación. El maoísmo como la ideología del PCCh se formalizó en 1945, cuando se redactó la nueva constitución o estatutos del partido. El preámbulo de este documento establecía que el Partido funcionaba bajo la gran dirección del pensamiento de Mao Zedong y se hizo un gran llamamiento para utilizarlo como base y material de enseñanza y para difundirlo en una gran campaña de estudio. Todo esto era claramente una continuación del culto a la personalidad que había tenido su origen unos años antes⁷.

Tras la muerte de Mao en 1976, Deng Xiaoping se hizo con las riendas del poder en China y dotó al partido de una dirección colectiva para evitar aberraciones como las del pasado reciente. El enorme mérito de Deng fue que diseñó con gran acierto la estrategia que había de seguir el PCCh y la nación china para el periodo de desarrollo, poniendo en marcha el asombroso despegue económico chino. Tras su muerte en 1997, al incorporar la “teoría de Deng Xiaoping” en los estatutos del partido se reconocía explícitamente que las grandes líneas de acción diseñadas por él debían seguir guiando el futuro del Estado.

De ese modo, “la estrategia de los 24 caracteres”: “observar con calma, afianzar nuestra posición, afrontar los problemas con tranquilidad, ocultar nuestras capacidades y esperar el momento oportuno, mantener un perfil bajo y nunca buscar el liderazgo” que data de 1990, fue el legado de Deng que sirvió como base de la diplomacia china hasta la llegada de Xi Jinping.

⁶ Nuevo Poder, “Xi es elevado a la altura de Mao en la constitución del PC chino”, 24 de octubre de 2017.

⁷ Chinese posters.net, “Mao Zedong Thought”. Ver en <https://chinese posters.net/themes/mao-thought.php>.

Con la era de la reforma iniciada en 1978, el objetivo básico de la política china fue el crecimiento económico. A este objetivo central se supeditaron todas las líneas de acción del país, incluida la política exterior, con alguna línea roja como Taiwán⁸. Por una parte, China intentaba evitar por todos los medios conflictos exteriores que pudieran poner en peligro la prioridad del desarrollo económico; por otra, una política de bajo perfil debía reducir la natural resistencia que un país de las dimensiones de China encontraría para abrirse paso en la escena internacional.

La estrategia de los 24 caracteres deja entrever que en la mente y en las confidencias de Deng Xiaoping a sus colaboradores más cercanos también debía estar previsto que, llegado el momento en que Pekín se sintiera suficientemente seguro y fuerte, la estrategia del perfil bajo daría lugar a otra mucho más decidida, lo que prolonga la sombra del *zorro chino* más allá del periodo de desarrollo que en la actualidad el país da ya por concluido con un amplio grado de éxito.

A Xi Jinping le corresponde pues marcar las líneas maestras del tercero de los periodos marcados, el de la dignidad. Al utilizar el término “dignidad”, se trasmite el claro mensaje de que, superado todo rastro de humillación –con la sola excepción de la separación de Taiwán– y disponiendo de unas condiciones económicas robustas, China puede abordar la misión de volver a ocupar la posición que le corresponde por dignidad nacional y legado histórico, de modo que “el Imperio del Centro” recupere su lugar natural.

La inclusión del “Pensamiento de Xi Jinping sobre el socialismo con características chinas para una nueva era” en los estatutos del PCCh al que se hace referencia también como “el gran sueño chino de rejuvenecimiento de la nación”, designa a Xi para que desempeñe en el actual periodo de dignidad el papel que Deng realizó en el de desarrollo. Como la figura de Deng Xiaoping es difícilmente repetible y las incertidumbres del PCCh sobre el futuro del propio partido y de la nación China son importantes, el reforzamiento del líder reconforta las inseguridades y permite desarrollar una estrategia más ambiciosa y resuelta, pero medida a la vez.

⁸ FANJUL, Enrique, “Luces y sombras de la nueva política exterior china”, Real Instituto Elcano, 7 de enero de 2016.

En una muestra de su voluntad de acaparar poder, Xi Jinping había creado durante su primer mandato, pequeñas comisiones paralelas, formadas por gente de su más absoluta confianza y presididas por él mismo. Algunas de las comisiones claves como la de reforma de las fuerzas armadas, la de integración cívico-militar, la de profundización de reformas, la de ciberseguridad, la de seguridad nacional, la de transmisión de los valores del partido, así como la cartera «no oficial» de Asuntos Exteriores y la cartera de Asuntos relacionados con Taiwán, le brindaron un mayor control interno tanto del partido, como del país. El rodearse de colaboradores de confianza, le permitió diluir la importancia de los Comités existentes oficialmente, permitiéndole llegar al XIX Congreso del PCCh en una posición muy fuerte para poder continuar sus políticas para el plan quinquenal 2017-2022⁹.

Ciertamente, tras el XIX Congreso, la era del liderazgo colectivo y de alternancia entre elitistas y populistas al frente del Partido ha acabado y Xi Jinping podrá gobernar de manera más personalista y autocrática que sus dos inmediatos predecesores, permaneciendo como el hombre más poderoso de China una vez que termine su actual mandato al frente del PCCh en 2022. El **Comité Permanente del Politburó**, órgano colegiado de mayor poder dentro del partido, pasó a estar compuesto mayoritariamente por cargos afines a Xi, entre los que no aparece ningún posible sucesor. De los cinco nuevos miembros, cuatro son de la facción elitista (Li Zhanshu, Zhao Leji, Wang Huning y Han Zheng), los dos primeros son además protegidos de Xi, y sólo uno (Wang Yang) es de la facción populista y afín al primer ministro Li Keqiang. A ello hay que añadir que ninguno de ellos cumple con los requisitos de edad para mantenerse en este órgano más allá de 2022¹⁰.

Sin embargo, la tradición política del PCCh está muy consolidada y el sentido de la historia para desarrollar una estrategia de Estado a largo plazo está tan profundamente enraizado en el partido y en la propia sociedad china que se puede afirmar que el reforzamiento del liderazgo de Xi representa más la necesidad del partido en tiempos difíciles que un impulso de ambición personal. La economía china tiene que superar graves problemas, su deuda se eleva al 270% de su PIB y está por ver como afrontará

⁹ AMBROS COSO, Alba, “El XIX Congreso del Partido Comunista chino y la visita de Trump a Pekín relanzan la figura internacional de Xi Jinping”, IEEEE, documento de opinión, 4 de diciembre de 2017.

¹⁰ ESTEBAN, Mario, La era de Xi Jinping, Real Instituto Elcano, 25 de octubre de 2017.

el reto de convertirse en una gran potencia tecnológica y de innovación al tiempo que liberaliza la economía.

En el XIX congreso, el PCCh ha presentado una hoja de ruta que debe llevar a China a convertirse en una sociedad medianamente acomodada en 2020, en un país desarrollado en 2035 y en una potencia global en 2050, con lo que se culminaría el sueño chino. Muchos políticos, analistas e intelectuales en EEUU tienen la esperanza de que, como consecuencia de sus propios problemas internos, China entre en crisis y no llegue a alcanzar la posición de primacía mundial. Así, el profesor norteamericano de origen chino, Fei-Ling Wang afirma que de los cuatro escenarios que presenta el futuro de China, uno de ellos es que el país se llegue a desmoronar debido a las contradicciones que se producirán al abrirse el país aún más al exterior y a la innovación y permanecer cerrado en su interior, partiendo de la base de que el orden chino es incompatible con el orden westfaliano u occidental¹¹.

El peligro de crisis interna provocada por un potencial proceso de subversión política del régimen chino, así como los complejos reajustes económicos que el país requiere, explicarían pues que el PCCh haya aceptado un cierto grado de concentración de poder en una sola persona. Esto está en perfecta sintonía con el férreo control y la creciente represión que el gobierno de Pekín está ejerciendo contra cualquier voz crítica, activistas, abogados, disidentes, periodistas... y el recorte de libertades que está viviendo la sociedad china.

El caso ruso

Por su parte, Rusia es una gran nación con la tendencia a polarizarse según la atracción que ejerce sobre ella Occidente (occidentalismo) y su propia identidad particular (eslavismo). Al derrumbarse el Muro de Berlín, disolverse el pacto de Varsovia y descomponerse la Unión Soviética, la población rusa, plenamente consciente de la abrumadora superioridad del modelo de vida occidental en relación con lo que había sido su existencia anterior, abrazó con entusiasmo la occidentalización de su sociedad, esperando con ello poder disfrutar también de las ventajas materiales de los países de Europa occidental. Sin embargo, antes de acabar la década, en 1999, el panorama

¹¹ WANG, Fei-Ling, "The China Order, Centralia, World Empire and the Nature of Chinese Power", Suny Press, Agosto de 2017.

general de la sociedad y la nación rusa no podía ser más desalentador: la situación era de auténtico colapso económico. Un país que albergaba las mayores reservas europeas de petróleo se vio obligado a racionar los combustibles para calefacción, e incluso volvieron a repetirse los problemas de abastecimiento de productos básicos que se habían producido en los años ochenta. El frágil gobierno de Yeltsin, abocado al impago de su deuda exterior y con problemas para sufragar pensiones, subsidios y salarios del sector público, se vio obligado a pedir un crédito de 22.600 millones de dólares al impopular FMI. Por si fuera poco, ese mismo año la OTAN consumó su primera expansión hacia el Este con el ingreso de Polonia, Hungría y la República Checa. El rechazo social al nuevo modelo económico y al carácter de las nuevas relaciones con Occidente y la UE alcanzó sus cotas más elevadas desde el final de la guerra fría¹².

En importantes sectores de la sociedad rusa se interpretó que el interés de Occidente para impulsar sus propios principios y valores en Rusia no era más que una política instrumental para debilitar a la Federación Rusa y excluirla del espacio europeo, lo que propició la vuelta de los fantasmas del pasado y también que se ahondara en la natural tendencia rusa al victimismo. El conflicto de los Balcanes, con los bombardeos de la OTAN contra Serbia –un aliado tradicional ruso– y la independencia de Kosovo, puso además de manifiesto que los puntos de vista rusos no eran tenidos en cuenta y que de su estatus de gran potencia no quedaban ni las cenizas. Yeltsin, el amigo de Occidente, había resultado ser un político de raza, pero un torpe administrador y un líder muy débil en el ámbito internacional.

Cuando Putin se convirtió en presidente de la Federación Rusa en el año 2000, lo hizo con la idea de revertir el desolado panorama nacional, lo cual contrastaba en aquella época con la gran satisfacción con la que desde la UE se contemplaba a Rusia, nación que había dejado definitivamente de ser una preocupación para los antiguos rivales de la guerra fría. Lo primero que hizo el presidente ruso fue acabar con la guerra de Chechenia, reforzando con ello su liderazgo nacional. A continuación sometió a los oligarcas que se habían adueñado de la riqueza del país y retaban sin escrúpulos al Kremlin. Por último, tuvo que poner orden en la administración del Estado y en la

¹² IEEE, Cuaderno de estrategia 178, Rusia bajo el liderazgo de Putin. La nueva estrategia rusa a la búsqueda de su liderazgo regional y el reforzamiento como actor global, LEON AGUINAGA, Pablo y ROSELL MARTÍNEZ, Jorge, "Las relaciones económicas entre Rusia y la Unión Europea", noviembre de 2015.

economía que, gracias al aumento sostenido de los precios del petróleo, experimentó un crecimiento ininterrumpido, posicionándose Rusia de nuevo como potencia mundial.

Los problemas de desabastecimiento dentro del país pasaron a la historia, el desempleo disminuyó significativamente y asalariados y pensionistas comenzaron a recuperar capacidad adquisitiva, al punto de ir dando forma a una nueva clase media. Durante este tiempo, Rusia fue identificada por los inversores internacionales como una de las denominadas potencias emergentes BRIC (junto a Brasil, India y China)¹³. En muy poco tiempo la nación rusa identificó en Putin al líder fuerte que al modo de Iván *el Terrible*, Pedro *el Grande*, Catalina *la Grande*, Alejandro I o el mismo Stalin guiaron a la *Santa Rusia* en sus momentos estelares.

El presidente ruso mantuvo inicialmente con la OTAN una actitud de colaboración estratégica que se hizo patente al inicio de las operaciones militares en Afganistán en 2001. Sin embargo, durante los dos primeros mandatos del presidente Putin se produjeron unos acontecimientos que incomodaron seriamente al Kremlin: la continua expansión de la OTAN y de la UE hacia el Este, que aislaba a Rusia de Europa; las revoluciones de colores, que acercaban la inestabilidad a sus fronteras y amenazaban a Moscú con el efecto dominó y el despliegue por parte de los EEUU del sistema de defensa antimisil cerca de las fronteras rusas que, por mucho que este fuera dirigido contra Irán, tenía un impacto directo en el equilibrio nuclear en Europa entre EEUU y la Federación Rusa.

La primera desavenencia grave se produjo con la aproximación de la OTAN a Ucrania y Georgia que creó en Rusia alarma e indignación. Se abrió el interrogante de dónde se detendría la OTAN, negando a la Federación Rusa toda área de influencia y reforzando la sensación de cerco. En agosto de 2008 el Kremlin reaccionó con la intervención militar en territorio de Georgia. Fue un aviso a Occidente de que estaba entrando en terreno peligroso. Sirvió también para que Moscú constatará la falta de una estrategia de respuesta occidental ante el uso de la fuerza fuera de sus fronteras.

¹³ Ibid.

Vladimir Putin, al volver a la presidencia en 2012, hizo del rechazo explícito de que a Rusia se le impusieran los valores occidentales un tema central de su acción política y estratégica y, a partir de entonces el discurso sobre la identidad nacional rusa y la política exterior se han entremezclado en un grado extraordinario¹⁴.

El año 2014 no solo supuso un hito económico negativo para Rusia como consecuencia del hundimiento de los precios del petróleo, fue también el año en que, como consecuencia de la anexión de Crimea y la guerra en Ucrania, el Kremlin se enfrentó a la OTAN y a la Unión Europea (UE), transformando una relación progresivamente más difícil pero fluida, en lo que se ha descrito como una nueva guerra fría.

El presidente ruso dio claras pruebas de no estar dispuesto a ceder a las sanciones económicas y a la escalada de medidas militares y respondió con una ambiciosa y arriesgada estrategia en Oriente Medio con un brazo militar en la guerra de Siria y un brazo económico por medio de las poderosas empresas energéticas rusas que tenía como objetivo reforzar la posición de la Federación Rusa como gran potencia.

El Kremlin aspira a dividir a los aliados occidentales y pone dos condiciones para la distensión: que se reconozca el rango de gran potencia de la Federación Rusa y que se respete su derecho a decidir sobre sus cuestiones de política interna y su propio sistema de valores sin interferencias externas. Mientras tanto, desde la perspectiva rusa, el tiempo y la ley de hechos consumados debe terminar de resolver el contencioso de Crimea que Moscú considera definitivamente reintegrada a Rusia.

La apuesta rusa en Siria está dando sus frutos y, como afirmó Blas Moreno, “Rusia ha vuelto al tablero de juego convertida en un actor indispensable”¹⁵. El resultado de este conflicto es ilustrativo de un posible nuevo equilibrio de poder que comienza a emerger en el Medio Oriente. La Federación Rusa, hostigada por Occidente, ha hecho de la necesidad virtud, y su presidente, Vladimir Putin, ha sabido dirigir la nave del Estado en plena tormenta con asombrosa sangre fría y determinación.

¹⁴ ZEVELEV, Igor, “Russian National Identity and Foreign Policy”, CSIS, diciembre de 2016.

¹⁵ MORENO, Blas. El Orden Mundial en el s. XXI: “Rusia en 2017: el regreso de un actor imprescindible”, 27 de febrero de 2017.

Conclusiones

A pesar de las diferencias que tienden a distanciar a China y Rusia entre sí, ambos países están consolidando una alianza antioccidental que reta el sistema de valores sobre el que se ha construido el orden internacional que ha estado vigente desde el final de la guerra fría y cuyos fundamentos hunden sus raíces en la historia de Occidente. Tanto Pekín como Moscú cuentan con la ventaja de unos liderazgos estratégicos más continuos en el tiempo, así como con el hecho de que dichos liderazgos están pasando por un momento álgido y cuentan, al menos de momento, con un importante respaldo en sus propios países. El liderazgo del gigante asiático es más previsible en cuanto que está más fundamentado en el PCCh que en la persona de Xi Jinping, mientras que la suerte de Moscú descansa sobre la fuerte personalidad de Vladimir Putin, un hombre con gran visión, hábil e implacable que ocupará un lugar de privilegio en la historia rusa, pero que no garantiza continuidad cuando ceda el poder.

El mundo en el que ya vivimos no solo es multipolar por los varios centros de poder que lo configuran, sino que es cada vez menos homogéneo en lo relativo a los valores y referencias que lo ordenan. El empeño por imponer los valores de Occidente a quienes los rechazan puede tener efectos contraproducentes, lo que está obligando a europeos y norteamericanos a repensar un nuevo paradigma de las relaciones internacionales. Mal haría Occidente si dudara de sus propios valores que han demostrado defender como ningunos otros la dignidad humana y han aportado a la humanidad formidables instrumentos de progreso. En cualquier caso, se necesitarán grandes dosis de pragmatismo, prudencia y ejemplaridad si queremos legar a las futuras generaciones un mundo mejor.

*José M^a Pardo de Santayana Gómez de Olea
Analista del IEEEE*

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Análisis** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEEE o del Ministerio de Defensa.